

LA LENGUA ESPAÑOLA Y LA CIENCIA

Horacio C. Reggini
Miembro de la Academia Argentina de Letras,
de la Academia Nacional de Educación
y de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales
Asesor del Rectorado de la Pontificia Universidad Católica Argentina

Todo avance científico tiene, como el dios romano Jano, un rostro bifronte. La pantalla de televisión es capaz de mostrarnos cómo las personas se unen por un acto solidario o cómo es destruida una ciudad por el estallido de una bomba. Un llamado telefónico nos acerca a un ser que se encuentra lejos, pero también se reciben o se hacen llamadas totalmente triviales. La red de Internet nos conecta con valiosas ideas de la humanidad toda y puede constituirse en útil herramienta para los Gobiernos en materia de contratación pública, transparencia y agilidad de gestión. Pero hoy en esta charla, inmersa en el mundo de las letras, deseo señalar una aplicación de la red reñida con el idioma.

Si alguno de ustedes quisiera enviarle un mensaje a Néstor o a Cristina, bastaría escribir el nombre respectivo, luego @ –el símbolo arroba– y a continuación:

presidencia.gov.ar, que es hoy la designación completa del servidor de la Casa Rosada. Observen ustedes que se utiliza el término **gov** con *v* corta (*uve*) en lugar de colocar **gob** con *b* larga (*be*) de la palabra española *gobierno*. Así que a todos los profesores de letras presentes en esta charla, les aclaro que este pequeño –y sé que no tan inocente– cambio en la altura de la *v* no es un simple o grave error ortográfico.

Actualmente en la Argentina, todas las dependencias de Gobierno emplean, lamentablemente, el término **gov**. Ello no responde a una convención internacional, sino a una innecesaria imitación de la terminología inglesa –circunstancia que vamos a tratar enseguida en esta exposición–, ya que es la abreviatura de la palabra sajona *government*. Sin embargo, numerosos países latinoamericanos, como Perú, México o Cuba, hacen *buena letra* y emplean con acierto **gob**.

La lengua es la constructora de la organización de la ciencia, que no puede

desarrollarse ni expandirse sin su concurso. El lenguaje científico se identifica por su léxico específico y unívoco. Sus vocablos resultan herméticos y de difícil comprensión para el público que no pertenece al ámbito de la ciencia o de la técnica.

A los nuevos descubrimientos y desarrollos tecnológicos, se les asignan nuevos nombres, y entonces aparecen a menudo los neologismos. Si ya se torna complicada la interpretación de los conceptos que desconocemos por no estar instruidos en la materia respectiva o porque las palabras se han inventado recientemente, cuando los vocablos empleados son importados de otras lenguas, la situación empeora. Es así como hoy el imaginario colectivo suele asociar a la ciencia con el habla inglesa, dado el abuso de anglicismos en el ámbito científico y tecnológico. En la actualidad, muchas palabras son tomadas del habla inglesa, al contrario de lo que ocurría siglos atrás cuando se usaban voces griegas o latinas para formar nuevos términos. Numerosas nociones nos llegan en idioma extranjero y deberían, preferentemente, encontrar equivalencias en la propia lengua.

Aquí, el trabajo de la divulgación científica, ya sea de investigadores, periodistas o traductores, es de suma importancia, ya que debe lograr la comprensión del público en general sin aligerar o trivializar los contenidos científicos. El conocimiento del idioma y su saber y habilidad en el ámbito de las letras resultan, entonces, fundamentales. Deben tener en cuenta, además, las características del habla de la sociedad receptora. Es primordial, a su vez, que los textos de divulgación sean atractivos, amenos y de fácil comprensión.

Lo estrictamente científico y lo que puede denominarse divulgación no son excluyentes. Considero que hay que ofrecer aliento a los que están enrolados en la idea de una buena ciencia para todos¹.

Muchas veces se encuentra dificultad al intentar traducir los vocablos que provienen de otras lenguas o al pretender crear un neologismo que corresponda a un nuevo concepto. Cuando el término ya está muy difundido en su lengua original (generalmente en inglés) conviene alcanzar un acuerdo entre los usuarios de habla hispana. Frente a ello, algunos optan por mantener el vocablo en su idioma de origen, sin traducirlo al español. Esta situación se ha incrementado enormemente con la expansión de Internet y el léxico de la

¹Ver «Múltiples coincidencias», carta de lectores publicada en *Todo es Historia*, n.º 472, noviembre de 2006, en la que me referí al editorial de Caro Figueroa «Lo vulgar y el divulgar» (cit. en 4 y 5).

Informática². Desafortunadamente, pocos se preocupan por reivindicar el empleo de correctas palabras en español y por abandonar las foráneas. Esta actitud reviste verdadera ignorancia sobre las amplias posibilidades del español.

Por dicho motivo, resulta conveniente recordarles, en esta charla, la importancia que se le ha concedido desde siempre a la ciencia en español. Basta mencionar un ejemplo: la traducción a la lengua española de los seis libros primeros de la *Geometría de Euclides*, realizada por Rodrigo de Zamorano (1542-1620, Valladolid-Sevilla) –astrólogo y matemático, catedrático de Cosmografía de la Casa de Contratación de Sevilla y cosmógrafo de Felipe II–. La obra tiene un prólogo que contiene una historia de la Geometría e interesantes comentarios insertos a lo largo del texto de Euclides.

En esta obra, se emplea la lengua española (castellano antiguo), y se alude a su importancia para la difusión de la ciencia y, sobre todo, de la tecnología, dado que el latín, usado en los ambientes científicos de entonces, no difundía los conocimientos técnicos necesarios durante esa etapa cambiante y de transición del siglo XVI al XVII. Lo señalado anteriormente tiene una doble importancia. Por una parte, permite dar cuenta de que, desde hace siglos, el idioma español ha prestado atención a cómo debe ser el lenguaje científico. Por otra, muestra que, en esos casos, se liberaba a la ciencia del criterio de autoridad atribuido al latín, y no se daba por sentado que dejar de usar nuestra lengua española podía conducir a una ciencia débil o de jerarquía menor. Algo similar podría decirse ahora respecto del inglés o, en tiempos pretéritos, del alemán o del francés.

Además, el uso del español difundió el pensamiento y los procedimientos de la ciencia y de la técnica fuera de los círculos endogámicos tradicionales. Esta comparación histórica sirve, entonces, para iluminar la situación actual.

De este modo, alcanzar un buen español en la ciencia, compartido por toda la comunidad hispanohablante, redundará en mayor creatividad científica, al percibir a la

²Ver la conferencia «La necesidad de un uso auténtico y adecuado de la tecnología en los medios de comunicación, análisis crítico de la denominada sociedad de la información y el conocimiento. Repercusión sociocultural de Internet», que pronuncié el 14 de noviembre de 2000 en el Encuentro Internacional «Periódicos en Español», sobre la lengua, las nuevas tecnologías y los medios de comunicación, San Millán de la Cogolla, España. También la nota periodística de PÍO GARCÍA: «Contra el fundamentalismo digital», sobre mi conferencia, en el diario *La Rioja*, Logroño, España, 15 de noviembre de 2000.

ciencia –que, en esencia, es lenguaje– como un objeto propio de nuestra lengua, y no prestado por otras.

Creo que el uso de las palabras necesita –hoy más que nunca– de la reflexión adecuada, y la tecnología puede y debe ser utilizada sabia y armoniosamente para velar por ellas³. No cabe duda de que los nuevos medios enriquecen la cultura al extender la distribución de la información. Sin embargo, para que ello sea así de un modo genuino, uno de los primeros requisitos es la conservación de nuestro acervo cultural y, en especial, de nuestra lengua⁴.

Lamentablemente, pocos toman la iniciativa en este esfuerzo. La comunidad científica, por lo tanto, debe asumir la protección del idioma, así como los lingüistas, traductores, periodistas, dirigentes, docentes y académicos de todas las ramas de la cultura. Es necesario que adquiramos conciencia de que la sana conservación y el desarrollo de nuestro idioma es responsabilidad de toda la sociedad.

Pero, y con esto añadiremos una cuota de dificultad a nuestro asunto, la ciencia se enfrenta con un problema mayor que amenaza con hipotecar su futuro: la ultraspecialización. La velocísima multiplicación de las ramas del saber parece hacer cada vez más difícil una visión de conjunto de los conocimientos y resultados adquiridos.

El lenguaje de cada parcela del saber tiende a ser hermético, como si sus culturas no desearan interferencias de ninguna índole, y como si su saber se tratara de un tesoro propio inalcanzable para otros semejantes. Y para ello, como si fueran trogloditas recluidos en cuevas aisladas del resto de la humanidad, construyen su discurso de

³Sobre este tema: «Tecnología, palabra y reflexión», revista *Telos*, n.º 50, julio-septiembre 1997, Madrid, Fundesco. Texto de la conferencia que pronuncié el 8 de abril de 1997 en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española: «La Lengua y los Medios de Comunicación», Zacatecas, México. Ver también PARINI, Alejandro Y Alicia María ZORRILLA (coordinadores): *Lengua y Sociedad*, Buenos Aires, Editorial Áncora, 2006.

⁴Ver «Internet y gobierno», carta de lectores en la que propongo abandonar el uso de «gov.» y adoptar «gob.». Publicada en el diario *La Nación*, 2 de marzo de 2000. Texto también reproducido en el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, nº 11, diciembre 2000; y en REGGINI, HORACIO C.: *El futuro no es más lo que era*, Buenos Aires, Educa, 2005, pág. 35. También artículo «De prosaica castellana», en ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS: *III Congreso Internacional de la Lengua Española*, Buenos Aires, 2006, sección II «Identidad y lenguaje en la creación literaria», págs. 223-228.

manera oscura con toda una serie de vocablos que denotan generalmente una escuela, tendencia o moda dominante.

Además, en algunos casos, la atención de los investigadores se concentra, con frecuencia, en los aspectos más científicos que en los humanos. Es así como los investigadores jóvenes se sienten con frecuencia algo incómodos cuando se los aleja de temas pertenecientes a la práctica de una determinada especialización excluyente. Podría decirse que la ciencia pareciera estar inmersa, a menudo, en pautas o paradigmas sociales que le imponen barreras, prejuicios o vínculos tanto intelectuales como prácticos. Es difícil la aceptación de una idea nueva dentro de un determinado círculo científico establecido. A veces, el núcleo de especialistas que domina y lidera un campo del saber trata de frenar o atemperar estos procesos. Esta circunstancia le aconteció a Isaac Newton con su mecánica, que derribó creencias medievales, y también a Galileo, con los profesores de la Universidad de Pisa. Es lógico, tomando en cuenta esto, que los investigadores no se preocupen por los términos empleados.

Intelectualmente, la ciencia es mirada solo como el estudio y la aplicación de las ciencias exactas, físicas y naturales. Aunque todos deberíamos ser más conscientes de que es cada vez más difícil separarla de los numerosos factores complejos e interrelacionados que conforman la sociedad moderna.

Desde el punto de vista práctico, la ciencia se ve fuertemente circunscripta e influenciada también por los gobiernos y empresas. Al parecer, el ejercicio de la ciencia es cautivo de determinantes sociológicos que selectivamente se apropian del conocimiento científico y definen tanto los estudios y problemas a que deben de aplicarse los científicos como las posibles estrategias aceptables. También sucede que muchas Universidades preparan a sus científicos descuidando intereses generales. Estas circunstancias han restringido y han maniatado el discurso de los científicos, y han hecho difícil una reflexión crítica de su responsabilidad.

Al decir *discurso* de la ciencia, me refiero a toda una manera de hablar y de escribir acerca de la ciencia que engloba supuestos y prejuicios que la rodean socialmente. Este *discurso* tiene la fuerza de una realidad dando nombres e interpretaciones a lo que se alude. Lo que califica como *real* y *verdadero* determina, en conclusión, qué se incluye y qué no. Es por ello que, sin un *discurso* amplio y abierto, la ciencia no puede alcanzar una renovación y regeneración sanas. Simplemente carece, entonces, de las herramientas lingüísticas para llevarlas a cabo.

En nuestros días, la comunicación entre los desatinadamente denominados *científicos* y *humanistas* es escasa. Pocos son los que perciben la riqueza que aporta el intercambio entre ambos. Rechazan la oportunidad de ver el mundo a través la óptica del otro y repiten sordos sus parciales concepciones sobre la vida.

Sin embargo no es casual que las Universidades lleven en su nombre la significación de universalidad. Los académicos, profesores y autoridades deberían recordar esta idea de educar en un conocimiento abarcador, amplio, universal. Y en este sentido, el estudio y la sana práctica de la lengua juegan un papel central. De esta forma, todos los universitarios deberían poseer, además de los conocimientos específicos de la rama del saber en que se han especializado, idoneidad en castellano.

Siempre que me refiero al buen uso del idioma que debe tener el hombre de ciencia y a la práctica de la unión de los saberes, viene a mi memoria un ejemplo notable: el argentino Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937), de quien, en mi charla de incorporación a la Academia Argentina de Letras, dije que «trajo a Buenos Aires un eco de los grandes debates científicos de Europa». Holmberg «difundió las teorías de Darwin y despertó el interés por temas generalmente reservados a círculos restringidos». Con su sabiduría y su elocuente retórica, convertía explicaciones de temas difíciles en amenos relatos, que facilitaban la comprensión sin dejar de ser precisos en lo técnico. Este hombre de ciencias «sentía especial interés por la filosofía y gusto por los clásicos de la literatura. Al tiempo que clasificaba especies de fauna y flora, disertaba acerca de problemas políticos y morales»⁵. Además de dedicarse a la investigación y docencia en el área de las ciencias, era un frecuente escritor de cuentos, novelas y poemas.

Afortunadamente, nuevas formas de creación de conocimiento libre están surgiendo a través de las actuales redes tecnológicas digitales, realizadas en ámbitos abiertos y a través de modalidades cooperativas. Esta cooperación no es exclusiva entre especialistas, sino también entre grupos heterogéneos que se inspiran unos a otros y que ponen los resultados al servicio de todos.

Por último, a modo de cierre, me permitiré expresar un deseo compartido, seguramente, por varios de ustedes: que las instituciones de mayor nivel académico y los más eximios

⁵Ver REGGINI, Horacio C.: *Eduardo Ladislao Holmberg y la Academia. Vida y obra*, Buenos Aires, Ed. Galápagos, 2007. Texto del discurso de incorporación a la Academia Argentina de Letras publicado en el Boletín, t. LXXI, N.º 285/286, mayo-agosto 2006.

pensadores y creadores del conocimiento aúnen ideas y concilien esfuerzos, aprovechando de un modo muy especial estos valiosos congresos, a fin de que la lengua española construya sabiamente la ciencia.

De esta forma, amigos oyentes, mi humilde propuesta ha sido expresada.

Horacio C. Regini